

## La oscuridad blanca

**H**e dejado a la posesión para el final, porque es el centro en que todos los caminos del *Voudoun* convergen. Es el punto hacia el cual se viaja por lo más visible, los medios más físicos, aunque, para el viajero, sea en sí invisible. Se podría comparar con el área de un círculo cuya circunferencia pudiera ser descrita con exactitud; sin embargo esa circunferencia no es, en sí, el círculo que define. Para conocer esta área, uno debe, finalmente, entrar.

En tal umbral a lo desconocido, es inevitable detenerse para mirar atrás y considerar el área alcanzada, verificar si el paso carece de alternativa o si, quizá, las sinuosas configuraciones de este terreno diverso puedan no ocultar algún giro, alguna grieta que remitiese a este paisaje. Seguramente había una salida que escapó a la atención; debido a que la estructura del terreno ha sido, a veces, tan receptiva, tan tolerante, sus contornos tan ondulantes y aparentemente aquiescentes, como para mostrarse maleables y con frecuencia para faltar a esas reclusiones y restricciones mediante las cuales aprendimos a definir la forma. Sin embargo, en semejante sondeo, el impacto resulta del descubrimiento contrario. Sin punto de ventaja previa esta geografía ha revelado con tanta claridad su inmaculada geometría.

Desde este punto central surge la copiosa arteria del río de sangre ancestral que arrastra toda la historia de la raza hasta el momento contemporáneo y canaliza sus vastas acumulaciones mediante el *serviteur* vestido de jeans. La entera colectividad a lo largo del tiempo, desde el demiúrgico Marassa<sup>2</sup> hasta los saberes proverbiales o las mordaces, astutas iras del abuelo, muerto hace un año y un día, aquí se ve comprendida, aquí deviene íntima y alimenta y conforta. Incluso a partir de este mismo centro emergen también los monumentales arquetipos, los *loa*,<sup>3</sup> como pilares del cosmos moral, cada uno de ellos multifacetado aunque homogéneo, cada cual una maravilla de diversidad sin digresión, y que pueden simple, brevemente exhibir su trascendente perfección, para luego retirarse sin contacto íntimo. A menudo los *loa* no hacen nada, no dicen nada de consecuencias inmediatas. Además su verdadera lejanía, evidencia de

\* Capítulo VII de *Divine Horsemen. The Living Gods of Haiti*, Documentext, McPherson & Company, 1998 (la primera edición es de 1953).

2 *Marassa Jumeaux* o los divinos gemelos en el *Voudoun*. Niños, pero mucho más ancianos que cualquier otro *loa*; siendo dos, se cuentan como tres; ambos, macho y hembra. (Todas las notas que aquí connotan, en refrito, un glosario ultrabásico de los términos del *Voudoun* haitiano que aparecen en el texto de Maya Deren, derivan de consultas a diversas páginas de internet, incluyendo Wikipedia.)

3 *Loa* o espíritus o *mystères* o invisibles del *voudoun* (haitiano y de Louisiana); *lúa*, *lwa*, del francés “*les lois*” (las leyes). No son deidas sino intermediarios entre un *Bondye* (Bon Dieu, el Buen Dios en *créole*) y los humanos, para lo cual se *los sirve*. Cada *loa* es una entidad singular que requiere distintos ritmos, cantos, bailes, símbolos rituales y formas específicas de servicio.

áreas invulnerables a las ansiedades y frustraciones inmediatas, le asegura al *serviteur* un orden esencial y estabilidad. Aquí no hay cercanía sino la *distancia* entre un hombre y su dios que conforta, que asegura que el bien sobrevive y que va a sobrevivir; porque es a semejante distancia que ese hombre remueve su divinidad para aislarse de los estragos y la disminución de la insuficiencia humana, tal como, en tiempos de violencia, uno debe mantener en secreto su mayor y máspreciado tesoro.

Para percatarse, una vez más, de que el hombre es de origen divino y es el meollo y el heredero de una incontable multitud de corazones y mentes; que en la raíz del universo los imperturbables grandes principios del bien cósmico sobreviven; y que aun bajo la rasgada vestidura, su hambre, los fracasos de su buen juicio y los errores de su corazón, su misma sangre albergan a esos monumentales *loa* —es para experimentar la mayor bendición con cuya posesión recompensa el dedicado servicio de los hombres. Esta mayor recompensa comprende todas las necesidades menores y, por su misma generalidad, mitiga toda la diversidad de miedos singulares, pérdidas personales y ansiedades privadas. Cualesquiera sean los otros beneficios que los *loa* puedan traer —consejos, prescripciones, disciplinas— no son sino secundarios.

Objeta, si quieres, que todo eso es mera referencia a los poderes intelectuales del hombre. Explica que es la “imaginación” la que lo hace capaz de concebir más allá de la realidad que conoce, y que eso es un compuesto de memorias. Habla del “idealismo” como fuente de su entusiasmo en someterse al calvario en nombre de logros creativos y no materiales. Insiste en que, privándose de la recompensa inmediata, lo que busca es un lugar en la historia. Agrega, incluso, que tales valores son engendrados por la influencia del padre, el amor de la madre, el elogio de la gente. Alista todas aquellas cualidades intelectuales y morales —visión, inspiración, imaginación— que más distinguen al poeta, al filósofo, al científico; catalógalas, nomínalas, cuéntalas y diferenciales y “explica” sus orígenes, su forma de operar, mecanismos y motivaciones. El haitiano no lo discutirá contigo. Cuando hayas terminado, es probable que se encoja de hombros, diciendo simplemente, en *créole*: “A todo eso, nosotros lo llamamos *loa*.”

Si el máximo valor de los *loa* es su misma trascendencia, ellos no pueden, a la vez, ser identificados con el hombre. Sobrevivir a la estructura del *Voudoun* es encontrar en todas partes esta distancia, esta división que ningún hombre puede eludir. Se hace evidente en las limitaciones finales del control de un *houngan*<sup>4</sup> sobre el *loa*, el cual puede incluso subyugarlo, y es libre de manifestarse fuera de su localidad; se define en los festines que no alimentan a ningún hombre; está implicado en todos los sonidos de llamada —canción, golpe de tambor, *asson*<sup>5</sup> y *langage*—<sup>6</sup> que son enviados como líneas, para devenir los cables del puente sobre el que el hombre cruzaría ese abismo; está presente, en tanto hecho físico, en la amnesia que torna el sentido del *loa* inaccesible hasta para el mismo “caballo” que lo porta. *Pero entender que el yo [self] debe retirarse para que entre el loa, es entender que uno no puede ser hombre y dios a la vez.*

---

4 *Houngan*: “sacerdote” del ritual.

5 *Asson*: insignia o atributo del poder de la sacerdotisa (*mambo*) o del sacerdote (*houngan*) *voudoun*. Se presentan bajo la forma de un sonajero hecho con una calabaza que contiene diversos objetos pequeños como huesos de serpiente, semillas o perlas, con el que se convoca a las divinidades al ritual.

6 *Langage* o *langaj* o *langaj*: vocabulario ceremonial o iniciático en que se mezclan palabras, cantos e incantaciones provenientes de varias lenguas, presumiblemente africanas, entre las cuales se han reconocido las lenguas Fon y Kongo, aunque en el espíritu sincrético-mestizo del *créole* haitiano.

Así los poseídos son, entre las personas, quienes menos se benefician con su propia posesión. Pueden sufrir por ello en forma de pérdidas materiales, con a veces dolorosas, siempre agotadoras, consecuencias físicas. Y hasta el grado de que su conciencia persiste en sus primeros momentos o se percata al final, experimenta un miedo apabullante. Nunca he visto un rostro con semejante angustia, sufrimiento y terror ciego como en el momento en que llega el *loa*. Todo esto el hombre no lo aceptaría ordinariamente. Pero desde que la colectividad consiste de personas comunes, con un interés normal en su bienestar personal, de la habilidad del poseído para infundir en ellas una instancia de extraordinaria dedicación dependerá el que accedan a las fuerzas revitalizadoras que fluyen desde el centro. Es hacia este logro —hacia la fortalecida apertura de la puerta a la fuente— que la entera estructura del *Voudoun* se dirige. Para que el arquetipo se manifieste, el servidor debe ser inducido a entregar su ego. Mediante el creciente control consumado por las pruebas e instrucciones de iniciación, y bajo la protección vigilante del *houngan* y *société*, se le asegura que el costo personal no tiene por qué ser impredecible o excesivo. En el principio de la participación colectiva reside la garantía de que la carga será, a su turno, distribuida y compartida. Y por fin la estructura ha desplegado —golpe de tambor tras golpe de tambor, movimiento tras movimiento— una fuerza que compele a una persona a avanzar, y que hasta los más dedicados deberán triunfar sobre ese terror final que acompaña a la pérdida del yo [*self*], esa última y convulsiva repugnancia al oscuro sentido de la muerte. Es en el peristilo ceremonial que todo esto es puesto en foco y donde el momento se pone en movimiento con los primeros cantos para Legba,<sup>7</sup> Loco,<sup>8</sup> Ayizan.<sup>9</sup>

Puedo recordar una tarde en que fue como si, con aquellas saluciones iniciales, los tambores enviaran la enorme trampa de su sonido al interior de la noche, a través del paisaje inmóvil, y de cada dirección atrajeran cautivos a través del umbral del peristilo. Yo estaba entre estos advenedizos. El canto, que podía resultar inconexo al principio, se volvió más cálido a medida que la corriente de llegadas fue llenando gradualmente los asientos, el espacio contra las paredes, inundando los rincones y finalmente desbordando hasta el patio. Un vecino *houngan*, Joe, llega, y se le ofrece una silla junto a mí. Elogio su última ceremonia, la cual, por cierto, condujo de forma muy elocuente, y le remarco que parece haberse recuperado de la enfermedad que lo agobió durante algún tiempo. “Oh, por fin pude resolver mis problemas con Loco”, me contesta, y porque sabe que estoy interesada en estos asuntos, procede a contarme los detalles de su intervención. Estoy tan concentrada en su recitación que no me percato de los cantos o la percusión, hasta que Titon, que es *hounganikon*, grita enojado a la multitud que ha, por ahora, bloqueado la entrada al peristilo, y ahora me doy cuenta de que están percutiendo y cantando el canto de saludo a las banderas de la *société* y del *la-place*. Un sendero se abre por fin y este trío entra al peristilo. Saludan al poste central los tambores, y Houngan Joe suspende su recitado, pues en cuestión de instantes ellos se dirigirán a él. Como siempre, disfruto observándolo, por la autoridad y la gracia de su comportamiento. Retorna a su asiento y el trío se balancea en su lugar delante de mí, ritmando lado a lado al unísono con los tambores. A medida que me levanto en respuesta, una sensación de nerviosa autoconciencia me sobresalta, aunque ya haya hecho

---

7 Legba: “divinidad que representa la fuerza paterna de la creación en el cosmos”.

8 Loco o Loko Atisou: marido de Ayizan, conocedor de las virtudes de las plantas e iniciador de los “doctores-hojas” (*doktè-fey*, en *créole*)

9 Ayizan: divinidad femenina del mercado y el comercio y su nombre significa “tierra sagrada” o “país sagrado”, protectora contra los malos hechizos.

esto varias veces. (No estoy para nada sola en esto; he visto que hasta los labios de *mambos*<sup>10</sup> y *boungans* tiemblan nerviosamente en tales momentos.) Reverencia, vuelta a la izquierda, dos, tres; reverencia, atrás a la derecha, dos, tres; reverencia, ahora izquierda, dos, tres —imitando al trío delante de mí. Camino hacia el oeste, cruzando entre el *la-place* y las banderas, mientras ellos caminan hacia el este. Me vuelvo, reverencia, luego izquierda, reverencia, derecha, luego atrás; luego al norte; luego al sur. Nos acercamos unos a otros y de repente no puedo recordar qué se supone que haga, pero nadie llega a percibirlo, porque el *la-place* se arrodilla, sosteniendo la empuñadura del sable en alto. La toco con los labios, las dos banderas cruzadas sobre ella, y las saludo también. Entonces con un inmenso sentimiento de alivio y habiendo consumado este acto con propiedad, vuelvo a mi silla. Ahora parece como si los tambores y el canto sonasen más alto, más agudo, y apenas puedo oír el recitado de Joe, que ha recommenzado.

Los tambores hacen una pausa, y lo agradezco, aunque el calor del atestado peristilo parece más intenso en el silencio. La gente conversa casualmente, abanicándose con sus sombreros de paja. De pronto, como un cuchillo afilado clavándose en el suave calor y en la suave charla, la imperiosa voz de Titon lanza la invocación a Damballah.<sup>11</sup> Sobre el demandante, persuasivo ataque de sus sílabas, el ajustado staccato, la batida Yanvalou<sup>12</sup> del *petit*<sup>13</sup> se establece; ahora el tono más rotundo, el ritmo más ondulante del *seconde*<sup>14</sup> se desliza por debajo; y entonces se siente la vibración debajo de los pies aun antes de oír la batida del *maman*,<sup>15</sup> que sube como desde una profundidad insondable, como si la misma tierra fuera un tambor siendo batido. Apenas se ha precipitado la audición para acompañar esta dimensión oscura, el alto clangor del hierro del *ogan*<sup>16</sup> se establece, su resonancia llena-de-viento enviándose abruptamente de lleno hasta las regiones más altas del sonido, y el mismo aire vibra con tonos por encima y más allá de los alcances de la inteligencia auditiva. Por un breve momento, esta imponente archi-

---

10 *Mambo*: “sacerdotisa” del *voudoun*.

11 Damballah o Dambalá, también Damballah Wédo: deidad primitiva del *voudoun* africano, representa el principio masculino de la naturaleza, asociado con la serpiente, a la que se destina el primer lugar en el ara haitiano. Si bien Damballah se desplaza lentamente, “puede reaccionar con inusitada rapidez si es necesario”. Sus comunicaciones suelen rondar el acertijo, pues no habla lengua humana, dado que se trataría del “menos humano de los *loa*”. El poseso por Damballah actúa como serpiente, arrastrándose y trepando. Su esposa es Ayida-Wedo, también representada como serpiente, y simboliza del arcoiris. Su concubina es Erzulie Freda. Se dice que la palabra *zombi* proviene de *nzambi*, la deidad, o sea Damballah.

12 *Yanvalou*: ritmo-danza extática del *voudoun* haitiano. Suele interpretarse en ceremonias abiertas como una súplica coreográfica para comunicarse con deidades (*Iwa*) específicas como Aida Wedo (esposa de Damballah) y Erzulie, en que sus características ondulaciones dependen de una postura específica del cuerpo con las rodillas inclinadas, creando un movimiento serpentino a través de la espina dorsal, el pecho y el plexo solar. También es denominada “danza del embrión”, alegando que representa el proceso del nacimiento, enfocado en el vientre y la pelvis, así como celebra la fuerza femenina y la belleza de la mujer. Es en este ritmo-danza que intervienen poderosamente los tres tambores (*petit*, *seconde* y *maman*) acompañados del *ogan* (campana de hierro).

13 *Petit* o *boulab*: el más pequeño de los tres tambores rituales.

14 *Seconde*: el segundo tambor ritual.

15 *Maman*: tambor del ritual principal del *voudoun*.

16 *Ogan*: campana de hierro usada en los ensambles de percusión en los cultos *voudoun* y afrocubano.

tectura de sonido, estirándose sólidamente desde el abismo debajo a los cielos por encima de lo audible, parece avanzar sin movimiento, como una marea tan vasta que no existe parámetro alguno capaz de establecerle escala visual a su desarrollo. Entonces el coro de voces, habiendo, parecería, acumulado fuerza en el punto más bajo escondido detrás de la cresta imponente, se arroja sobre esta cresta, y toda la estructura se estrella en un cósmico surf sobre nuestras cabezas. Me encuentro atornillada de pie, cantando, o quizás incluso gritando el canto. Otros a mi alrededor, que también habían estado sentados, ahora están de pie. Muchos avanzan para danzar, pero es como si el shock de ese aluvión me hubiese envuelto completamente y me hundo de nuevo en mi asiento.

Ahora es la danza la que sugiere agua. Ante mí los cuerpos de los bailarines ondulan con un movimiento en oleaje, que empieza en los hombros, se divide para correr separadamente a lo largo de los brazos y por la espina, se reunifica donde las palmas descansan sobre la curva de las rodillas, y finalmente fluye bajando por las piernas hasta la tierra, mientras ya los hombros han iniciado la siguiente ola. Los ojos están fijos en el suelo, y aunque la cabeza está firme, el movimiento circular de los hombros parece enviarla hacia delante, para delinear el cuerpo después, una vez y otra; y a medida que los cuerpos, que empezaron en una postura casi erecta, se curvan hacia la tierra, la ondulación se hace más y más horizontal, hasta que todas las figuras se doblan en una corriente serpentina de flujo lento, en círculo, alrededor del poste central, con una fluidez que no deja ver la dificultad del movimiento. ¿Qué han encontrado allí todos ellos, en ese terreno central, como para que sus miembros se muevan con tal soltura y tal perfección, mientras, exiliada en el afuera, mis propios miembros están muscularmente tensos, debo sopesar y retrasar toda mi voluntad de movimiento? ¿Qué secreta fuente de poder les afluye, los sacude y los revuelve, como en la pista el brillante corcel brinca y prosigue, eternamente absuelto de la fatiga, el fracaso y la caída? Sólo tengo que levantarme, dar un paso, volverme parte de este glorioso movimiento, fluyendo con él, haciendo mío su movimiento, como el vaivén del mar podría convertirse en la ondulación de mi propio cuerpo. En tales momentos uno no se mueve *con* el sonido, uno *es* el movimiento del sonido, creado y transmitido por él; por ende, nada es difícil.

Los tambores cesan; vuelvo a mi asiento y sólo en ese momento me doy cuenta de que transpiro profusamente. La *Merci*, mi doméstica, lleva puesto mi gran pañuelo, y echo varios vistazos a la línea de *hounsis*<sup>17</sup> hasta que distingo su cara, de ordinario tan expresiva de su temperamento distinto y vivaz, que ahora parece como si hubiera sido achatada hasta volverse una máscara de anonimía, mezclándose y perdiéndose entre las demás cabezas con pañuelo blanco. Trato de atraer su atención, pero fallo, y entonces me levanto para ir hacia ella. Doy dos pasos y mi pierna izquierda de repente se enraíza, insensiblemente, al suelo, lanzándome adelante. La mano de alguien me sujeta del brazo, me sostiene con firmeza, mientras, estupefacta, me congelo momentáneamente en esta posición, busco recuperar el centro y el equilibrio, y por fin logro enderezarme. El hombre que había estado allí parado, afloja el sostén. Sonrío con agradecimiento y regreso a mi asiento, todavía conmovida por este sacudón abrupto. Alguien es enviado a buscarme el pañuelo. Hay una luz desagradable en mi cabeza, como si las distintas partes del cerebro estuvieran ligeramente desconectadas, siendo su solidez y su integridad dispersadas de manera imperceptible, como si una niebla pudiera ser suavemente dispersada por una ligera, inconstante brisa; y en la medida en que estas separaciones ocurren, hay pequeños espacios de vacío.

---

17 *Hounsis*: o esposas, las ayudantes en el ritual.

Sería tonto ignorar la pierna momentáneamente atrapada, o este extraño, sutil adelgazamiento de la conciencia. Estas son las auras de advertencia de la posesión. Uno se sabe vulnerable. Empiezo a repetir para mí: “Sostenerse juntos, sostenerse, sostenerse.” Apenas los tambores recomienzan, siento que debo alejarme si es que voy a sostenerme y empujo a través de la multitud hacia la salida, sonriendo, de manera que nadie note mi predicamento, que es como la debilidad, algo que debería, por ahora, poder manejar y regular. Apenas paso la pequeña pared que demarca el ángulo del peristilo, los sonidos se hacen más débiles. La noche está fresca y luminosa. Enciendo un cigarrillo, cruzo el patio familiar y paseo despacio por el camino. Qué distantes parecen las voces y los tambores, aunque se oigan con claridad. Puedo oír que la ronda por Damballah ha terminado. Mi cabeza reajustándose, integrándose, volviéndose sólida de nuevo. Sin embargo esta fresca, calma, privada oscuridad, en que nada demanda o insiste, es de una paz ligera, donde podría quedarme, donde podría componerme y recomponerme una vez más, mientras, en el peristilo, la procesión avanza, celebrando ahora a Agassou,<sup>18</sup> Agwé<sup>19</sup> y Badé.<sup>20</sup>

Oigo, entonces, las primeras batidas del saludo a Ogún.<sup>21</sup> Ahora debo retornar, porque este es el guardián del *hounfor*<sup>22</sup> y no puedo ofender a la casa ausentándome de su saludo. Vuelvo hacia el peristilo, apurándome ahora, porque me he alejado más de lo que pensaba. Cuando llego, el *loa* ya ha montado a Isnard. Él está descalzo, con los pantalones arremangados, para que los abruptos movimientos de los pies no queden atrapados y lo hagan tropezar, y lleva puesto un pañuelo rojo brillante. Va y viene, con una especie de furia. Impresiona. Isnard es, para empezar, alto y de cuerpo poderoso; ahora esa sensación de estatura se ve enormemente reforzada por la proyección psíquica del *loa* heroico que infunde en ese cuerpo. El *loa* camina hacia los tambores y poniendo la mano en el cuero del *maman*, ordena silencio. Permanece de pie y espera. Se acerca Titon, se vuelve en un saludo ritual, besa la tierra a sus pies y está por retirarse cuando Ogún le extiende su mano en agradecimiento ritual. Veo a Titon endurecerse, como si se preparase para soportar un ataque violento. Se estrechan las manos, y Ogún extiende la izquierda, la mano del *loa*. Por un momento Titon vacila, entonces la recibe con su izquierda. Se tambalea un poco pero recupera el equilibrio y se endereza, se mantiene firme hasta que su mano es soltada, y se aleja. Ahora el *houngan* Joe está saludando al *loa* jefe-de-la-casa. Encuentro a Titon parado junto a mí. Me mira, pues me toca a mí, y dice “¡Atención! ¡Atención!” Toma mi mano de repente y me clava la uña en la palma. El agudo, repentino dolor me restaura. Se ha dado cuenta, aunque yo ni siquiera me había percatado, de que me volví vulnerable. A medida que camino para efectuar mi saludo me concentro en la memoria de ese dolor, casi como tocar

---

18 Agassou: deidad proveniente de las antiguas tradiciones de Dahomey (*Voudoun* de África Occidental) y *rada loa* [*loa* de una familia principal de divinidades, que incluye a los más antiguos espíritus benéficos] del *voudoun* haitiano.

19 Agwé: espíritu del agua, impera en el mar, patrón de navegantes y pescadores.

20 Badé y su hermano Sobo son los espíritus del trueno, el relámpago y las tormentas de viento. Representan, más un espíritu militar que santo.

21 Ogún, Ogun Feray, u *Ogoun Ferraille*, u *Ogou*, u *Gou*: divinidad del fuego, del hierro y de la guerra en el *voudoun* haitiano (también es un *orisha* del culto yoruba) que se presenta bajo diversos aspectos. Patrón de los herreros. Guerrero que lucha contra la miseria, tiene como atributos el sable, el gallo rojo, el ron y el tabaco. Tuvo un gran papel inspirador entre los esclavos en la revolución haitiana de 1804.

22 *Hounfor*: o templo del *voudoun*.

un amuleto en momentos de crisis. Me sirve bien. El contacto de la mano izquierda con el *loa* produce sólo un shock momentáneo, que pasa rápido, como una corriente eléctrica, y yo, también, vuelvo a mi lugar. Otros dan un paso adelante para efectuar el saludo ritual; Titon inicia un canto para Ogún y la percusión y la danza recomienzan.

Me preocupa esta persistente vulnerabilidad, y fingiendo ver algo afuera, en el patio, le doy la espalda a los bailarines y a los tambores, un gesto que significa retirada. El golpe de tambor del *maman* “rompe” y en ese preciso momento, un hombre de pie, a un costado, a poca distancia de mí, se desploma hacia atrás, aturdido de golpe. El *loa* puede venir así, sin advertencia, como un viento. La caída es interrumpida por varias personas paradas alrededor del hombre, y lo están sosteniendo, apuntalando el peso muerto de su cuerpo, de manera que permanece de pie. Entonces se sacude violentamente de su quietud, y con una poderosa torsión golpea a uno de sus sostenedores, arrojándolo al suelo, se libera y precipita hacia delante, en el área de danza del peristilo. Ahora el tambor lo atrapa, lo catapulta de lado a lado. Una mujer que ha sido sacudida accidentalmente por el violento *débâtement*, se congela en una pierna —como si este contacto hubiera sido un contagio— trastabilla hacia adelante, también es atrapada por los tambores. No quiero verlo, y le doy la espalda al peristilo. Me preocupa más, de pronto, con el mismo Isnard montado, que no haya nadie ahí, ahora, que pueda ayudar a estas criaturas agonizantes, nadie quien, con el *asson*, pueda arbitrar entre el *loa* y el yo humano, que se debaten violentos por la posesión de los cuerpos, como dos manos podrían competir ferozmente por un mismo guante.

Recuerdo cómo a veces se aferraban a Isnard, cómo, con el sonido del *asson* y algunas sílabas, él dominaría gradualmente hasta los últimos y devastadores temblores. Es eso lo que hay que aprender, sobre todo, me digo despacio: no sólo el poder de la invocación divina, sino también la tierna piedad de la restauración mundana; así que eso, para el cuerpo que debe caminar la tierra, es retornar al yo apropiado para semejante dimensión.

Todavía mirando afuera, me digo, además: “Este es el momento en que debes tomar una decisión.” Porque sé que, hoy, los tambores, el canto, los movimientos —pueden atraparme también. No lo deseo. Hay tanto miedo como vergüenza en la idea. Sé que podría irme ahora, que podría abrirme paso a través de la multitud hacia la salida, y cruzar el suave, pisoteado patio, subir por el camino lleno de baches, recorrerlo en frío —el sonido creciendo más y más lejos— hasta que, en la pequeña cabaña, con sus delgadas paredes de barro, podría acostarme, dejar de oír por completo los tambores, excepto durante esos breves momentos en que la débil, intermitente brisa viniese de aquella dirección. Sin embargo, hacer eso, sería ponerme en evidencia, en amplio sentido. No que sería excluida en consecuencia; de ningún modo. Sin embargo, en mi corazón, sé que, de alguna manera, no es justo quedarse sólo cuando es fácil, o placentero, o exultante y retirarse ante la incomodidad. Ésta es tan parte de esto, como que, para aceptar las recompensas, hay que contraerse para soportar las pruebas. También hay un sentimiento de orgullo. Escapar sería cobardía. Puedo resistir; pero no debo escapar. Y puedo resistir mejor, pienso para mí, si depongo los miedos y nerviosismos; si, en vez de sospecharme vulnerable, me coloco en una competencia descarada con todo esto a que me obliga su autoridad. Con esta decisión siento resurgir la fuerza, la certeza del yo y mi propia identidad.

Me vuelvo hacia los danzantes y me uno a ellos. Canto, converso con Ogún. Nada se agita dentro de mí. Después de varios cantos Ogún anuncia que está contento con la danza y que ahora se retirará. Se detiene allí un momento, luego un gran espasmo agita el cuerpo, desequilibrándolo. Pero en seguida hay varios atrapándolo mientras

cae, para arrastrarlo flácido hasta una silla donde, en un momento, despacio levanta la cabeza, mira alrededor con la perpleja concentración de quien despierta en una habitación desconocida y debe orientarse. Su mano frota el brazo de la silla con un movimiento casi imperceptible, como si se reasegurase a sí mismo su sólida realidad. Entonces, a medida que la concentración se desvanece de sus rasgos, la fatiga lo invade. Se levanta con cansancio y se dirige a su cámara privada, donde, yo sé, se recostará para descansar por un breve momento antes de reanudar sus deberes.

Todos paran para descansar, como si un momento crítico hubiese pasado. Los tamboreros se pasean por el patio, compran gaseosas, *grillots*, galletas. Aquellos que llegaron tarde aprovechan la oportunidad para intercambiar saludos con los *hounsis*. Todos deambulamos, conversando. Entonces los tamboreros retornan a sus asientos y oigo a Titon instando a los *hounsis* a regresar al peristilo para comenzar su entrenamiento. Algunas personas se han retirado, pero el peristilo todavía está lleno. El siguiente canto es para Erzulie.<sup>23</sup> Una vez más los tambores y el coro, hábil, rápidamente, en cuestión de un momento, construyen la vasta marea de sonido y rompen a navegar hacia delante. Y una vez más los danzantes cabalgan hacia delante en ese deslizamiento, en ese sonido, el ascenso y la caída de esas olas, todos ellos juntos, una vez más, parte del flujo del Yanvalou, rodeando el poste central con la lenta ondulación de un solo cuerpo serpentino.

Observando, uno siente que si están unidos, no es en absoluto porque se refieran entre sí. Están separados, como cuerpos y como seres; los ojos fijos en el suelo y el profundo reverenciar acentúan esta sensación de que cada uno de ellos está en sintonía, en escucha, moviéndose en común, en un sonido compartido, oído por cada uno individualmente. Cuando, después del “recreo” y habiendo asumido la postura erecta que de a poco se irá curvando de nuevo hacia la tierra, pueden enfrentarse y espejear brevemente los movimientos del otro, incluso cuando los pares parecen menos duplicarse entre sí que ser, ambos, espejos que, cara a cara, reflejan doblemente alguna invisible figura que baila entre ellos y que conoce realidad sólo en tales espejos. Es esto lo que lo atrae a uno, porque uno se levanta para comprometerse, no con los bailarines ni con los tamboreros, sino con algún pulso cuya autoridad trasciende todas estas criaturas y de ese modo las une. El total no es la suma de sus partes: no nos servimos entre nosotros; pero, más bien juntos, uno sirve a algo común que comprende a todos.

Los tambores hacen una pausa; entonces, casi de inmediato, recomienzan, acumulándose, esta vez, en un Mahi. Esto tiene una cualidad alegre y es un paso de baile que disfruto particularmente, aunque cansa rápido los músculos de las pantorrillas y los muslos. Primero el tamborero muestra consideración y “hace un recreo” a menudo, suficiente como para permitir que las extremidades se relajen y descansen. Pero a medida que la danza continúa, estos “recreos” se hacen cada vez más esporádicos y la sensación de diversión da lugar a la sensación de un gran esfuerzo. El aire parece pesado y húmedo y, jadeando, siento que no refresca mis laboriosos pulmones. Mis sienes laten con fuerza. Mis piernas pesan increíblemente, los músculos se contraen en un fuerte dolor que se ahonda con cada movimiento. Todo mi ser se enfoca en un solo pensamiento: debo resistir.

No puedo decir, ahora, por qué no me detengo; excepto que, debajo de todo esto hay siempre una sensación de contracción: si, al final, uno es vencedor o víctima, ello será en los términos en que uno haya acordado. Uno no puede incumplir. Tan enfocada estaba, en ese momento, en el esfuerzo de resistir, que ni siquiera registro cuándo

---

23 Erzulie: “diosa del amor”, cuyo *veve* (diagrama simbólico) tiene como centro el corazón.



todo esto dejó de ser difícil, y no puedo decir si fue repentino o gradual, sino sólo que mi conciencia de ello fue algo repentino, como si el paso que parecía insoportablemente exigente se hubiera deslizado en cámara lenta, de manera que mi mente tuvo tiempo, ahora, de deambular, de observar a su antojo, qué espléndida cosa era, ciertamente, escuchar los tambores, moverse así, para poder hacer todo esto con tanta facilidad, hacer incluso más, si a uno le agradaba, elaborar, extender este movimiento de los brazos hacia una mayor elegancia, o contrapuntear ese taconeo rítmico o incluso hacer a un lado este movimiento, esta vez.

Como a veces en sueños, puedo observarme aquí, puedo notar con placer cómo el dobladillo de mi falda blanca juega con los ritmos, puedo observar, como en un espejo, cómo la sonrisa empieza con una suavización de los labios, se difunde imperceptible en un resplandor que seguramente sea el más hermoso que haya visto. Es cuando me vuelvo, hacia los vecinos, para decir “¡Miren! ¡Vean qué hermoso es esto!” y ver que los demás toman cierta distancia, se retiran a un círculo que ya está mirando, me doy cuenta, con un rayo de terror atravesándome, que ya no soy a quien observo. Todavía soy yo, porque mientras ese terror golpea, nosotras dos volvemos a ser una, unidas por y sobre el punto de la pierna izquierda enraizada a la tierra. Ahora sólo hay terror. “¡Esto es!” Descansando sobre esa pierna, siento un extrañamiento entumecimiento entrar desde la tierra misma y lo habito, hasta la médula del hueso, tan despacio y ricamente como la savia habita el tronco de un árbol. Digo entumecimiento, pero es inexacto. Para ser precisa, debo decir que, incluso para mí, es puro recuerdo, pero inconcebible de otra manera, debo llamarlo una oscuridad blanca, su blancura la gloria y su oscuridad terror. Es el terror que suscita la gran fuerza, y con supremo esfuerzo aflojo la pierna —debo seguir en movimiento!— e incorporarme al ritmo del baile de los tambores como algo que debe ser comprendido, para evitar que mis pies pisen tierra peligrosa. Ni bien me acomodo en el socorro de este apoyo, mi sentido de identidad se duplica de nuevo, como en un espejo, separa ambos lados mediante un límite invisible, salvo que ahora la visión de quien observa parpadea, los párpados oscilan, las brechas entre los momentos de visión haciéndose más grandes, más anchas. Veo el baile aquí, y luego en un lugar diferente, mirando en otra dirección, y lo que sea que haya entre estos momentos está perdido, completamente perdido. Siento que las brechas se extenderán y ampliarán y que yo misma estaré por completo perdida en ese espacio y ese tiempo muertos. Con un gran golpe el tambor nos reúne otra vez sobre el punto de la pierna izquierda. La oscuridad blanca empieza a dispararse; saco mi pierna y la libero pero el esfuerzo me catapulta a través de lo que parece una vasta, vasta distancia, y vengo a descansar sobre una firmeza de brazos y cuerpos que me estarían sosteniendo. Pero éstos tienen voces —grandes, insistentes, cantantes voces— cuyo sonido podría asfixiarme. Con cada músculo me suelto y de nuevo me sumerjo a través de un vasto espacio y una vez más ya no estoy tan equilibrada como las raíces de mi pierna. Así va: la pierna fija, luego suelta, la larga caída en el espacio, el enraizamiento de la pierna de nuevo —por cuánto tiempo, cuántas veces, no puedo saberlo. Mi cráneo es un tambor; cada gran golpe impulsa esa pierna, como el punto de una estaca, en el suelo. El canto está en mi oído, dentro de mi cabeza. ¡Este sonido me ahogará! “¡Por qué no paran! ¡Por qué no paran!” No puedo sacar la pierna. Estoy atrapada en este cilindro, este pozo de sonido. No hay nada en ninguna parte excepto esto. No hay salida. La oscuridad blanca asciende por las venas de mi pierna como una rápida marea subiendo, subiendo; es una gran fuerza que no puedo sostener ni contener, que, seguramente, hará estallar mi piel. Es demasiado, demasiado brillante, demasiado blanca para mí; esa es su oscuridad. “¡Piedad!”, grito dentro de mí. Escucho en el eco de las voces, estriden-

tes y sobrenaturales: “¡*Erzulie!*” La luminosa oscuridad inunda mi cuerpo, alcanza mi cabeza, me engulle. Soy absorbida y detonada hacia arriba de inmediato. Eso es todo.

\*

*Si la tierra es una esfera, entonces el abismo debajo de la tierra también es su cielo; y la diferencia entre ellos no es más que el tiempo, el tiempo de la rotación de la tierra. Si la tierra es una vasta superficie horizontal reflejando, invisiblemente, aun para cada hombre su propia alma, entonces de nuevo, el abismo debajo de la tierra es también su cielo, y la diferencia entre ellos es el tiempo, el tiempo de un ojo levantándose y cayendo. El sol-puerta y el árbol-raíz son la misma cosa en el mismo lugar, vista ahora desde abajo y ahora desde arriba y nombrada, por el vidente, en el momento de ver.*

\*

¿Cómo puede la memoria llegar más allá de lo primero que se recuerda? ¿Cómo puedo conocer un vacío en tanto vacío, quién aún no ha conocido la sustancia, u oscuridad, quién no conoce la luz? Mi memoria empieza con un sonido escuchado a lo lejos, dirigido a mí, y esto sé: este es el sonido de la luz. Es una luz escuchada, un rayo invisible pero brillante, atisbando el vacío en busca de sustancia que fijar; y volverse sobre esa sustancia luz. En torno a la aguda franqueza y dirección de ese sonido, la oscuridad se da forma y ahora es como si me acostara en el extremo distante de un pozo infinitamente invisible y profundo. Cada célula del cuerpo y del cerebro se angustia en forma ascendente y sin embargo no puedo levantarme con mi propio movimiento; pero, como algo todavía nonato, una cosa sin vida, soy atraída, despacio primero, por el poder del sonido. Lentamente inmóvil, llevada por su haz sin luz, como si uno pudiera levantarse desde el fondo del mar, el cuerpo haciéndose más liviano a cada segundo, me hago más fuerte, me yergo más rápido, levantamiento raudo, remontando aun más alto, más alto todavía, más rápido, el sonido haciéndose todavía más fuerte, su arrastre más ajustado, aun más raudo, haciéndose alto, alto y más alto, el traqueteo atronador, campana de estruendo, insoportable, luego de pronto: superficie; de pronto: aire; de pronto: el sonido es luz, blanco cegador.

Qué claro se ve el mundo en esta primera luz total. Qué puramente forma es, sin, por el momento, la sombra del significado. Veo todo de una vez, sin las demoras de lo sucesivo, y cada detalle es igual e igualmente lúcido, antes de que la sensación de relativa importancia imponga el énfasis de los ojos, la oscuridad de la fosa nasal que es una cara. Sin embargo, incluso mientras miro, como para recordar para siempre este mundo prístino, ya las formas se modulan en significados, dejan de ser formas, se convierten en la noche, el peristilo, la gente. Los vestidos blancos y faldas, la malla de cuentas del *asson*, todavía temblando tras su labor, se mezclan, por un momento, con el recuerdo fugaz de una tienda en la noche oscura y un canal de agua. Como las almas de los muertos, igual yo, también, vuelvo. He retornado. Pero el viaje alrededor es largo y duro, igual para el fuerte caballo, igual para el gran jinete.

***Traducción del inglés y notas:***

***Reynaldo Jiménez***